

Lectio Divina

Domingo de Resurrección (Jn 20, 1-9)



Este es el Domingo que le da sentido a todos los domingos. Queremos proclamar llenos de júbilo y de victoria, que la muerte no fue la última palabra para Cristo Jesús ni para quienes en Él hemos sido redimidos.

Como discípulos de Jesús, a la luz de esta certeza, de nosotros brota lo mejor que tenemos dentro e irradia con todo su esplendor nuestra fe. Somos cristianos porque creemos que Jesús ha resucitado de la muerte, que está vivo, que está en medio de nosotros, que está presente en nuestro caminar histórico, que es manantial de vida nueva y primicia de nuestra participación en la naturaleza divina, de nuestro fundirnos, como una pequeña gota de agua, en el Misterio del amor de Dios.

Los relatos de la resurrección del Señor se abren con dos precisiones cronológicas: «El domingo por la mañana» y «muy temprano, antes de salir el sol». El día inicial de una nueva semana se convertirá así en el comienzo de una nueva creación, es el «día del Señor» (Dies Dominica), en el que la fe amorosa, no iluminada todavía por la luz del Resucitado, camina a pesar de todo, en la oscuridad y va más allá de la muerte.

¡La Vida ha vuelto a la vida! ¡Cristo resucitado es la clave de todas nuestras certezas!

Seguimiento:

- 1. El domingo por la mañana, muy temprano, antes de salir el sol, María Magdalena se presentó en el sepulcro. Cuando vio que había sido rodada la piedra que tapaba la entrada,***
- 2. se volvió corriendo a la ciudad para contárselo a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús tanto quería. Les dijo: - Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto.***
- 3. Pedro y el otro discípulo, se fueron rápidamente al sepulcro.***
- 4. Salieron corriendo los dos juntos, pero el otro discípulo adelantó a Pedro y llegó antes que él.***
- 5. Al asomarse al interior vio que las vendas de lino estaban allí, pero no entró.***
- 6. Siguiéndole los pasos, llegó Simón Pedro, que entró en el sepulcro***
- 7. y comprobó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también el paño que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no estaba con las vendas, sino doblado y colocado aparte.***
- 8. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó.***
- 9. (Y es que, hasta entonces, los discípulos no habían entendido la Escritura, según la cual Jesús tenía que resucitar de entre los muertos.)***

LEER: entender lo que dice el texto fijándose en cómo lo dice:

¡Cristo resucitó! Si no hubiera sido así, vana sería nuestra predicación, vana nuestra fe; pero ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que duermen (I Cor 15, 14.17.20). En Él toda nuestra vida adquiere un nuevo sentido, un nuevo rumbo, una nueva dimensión: 'la eterna'.

Los apóstoles tuvieron dificultad para creer en la resurrección del Señor. No daban crédito a lo que veían sus ojos. El único que parece abrirse a la fe es el apóstol Juan, tal como nos lo narra el Evangelio de hoy.

Pedro y Juan acudieron rápidamente al sepulcro, muy de mañana, cuando las mujeres vinieron a anunciarles, que no estaba el cuerpo del Señor. Todos pensaron que alguien lo había robado.

Los discípulos fueron a buscarlo, pero no lo encontraron. Juan, el predilecto, quien había comenzado a entrar en el Misterio: vio las vendas en el suelo y el sudario enrollado aparte: "Vio y creyó". Hasta entonces no habían entendido la Escritura: Él les había dicho que iba a resucitar de entre los muertos.

María Magdalena es el prototipo de la fidelidad. Al llegar al sepulcro -probablemente no sola, como muestra el plural del versículo 2b- «captó con la mirada», que la piedra que tapaba la entrada había sido rodada.

Corrió enseguida a denunciar la ausencia del Señor a Pedro -cuya importancia en los acontecimientos pascales fue realzada por toda la tradición y también «al otro discípulo, a quien Jesús tanto quería», Juan, el autor del cuarto evangelio.

El fue el primero en llegar al sepulcro, pero no entró enseguida; también él «captó con la mirada», las vendas mortuorias de lino.

Cuando llegó Pedro, entró y se detuvo a contemplarlas, -lo que nos hace pensar que éstas estaban en su sitio, ya sin el cuerpo del Maestro, junto con el sudario que cubría su rostro.

El evangelista nos dice detalles muy importantes. Resulta significativa la diferencia entre éstos y los correspondientes a la resurrección de Lázaro (11,44).

El sepulcro estaba vacío; el clima fue de silencio expectante, cuestionante y misterioso.

«Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Él vio y creyó». El verbo usado aquí es 'éiden'; para comprender su significado basta con pensar que de él procede nuestra palabra «idea».

El discípulo, viendo, intuyó lo que había sucedido. Pasó de la realidad que tenía delante a otra más escondida: llegó a la fe, aunque se trataba de una fe oscura, como lo muestran el versículo 9.

De éste se desprende que la fe no es para el hombre, una posesión estable, sino el comienzo de un camino de comunión con

el Señor, una comunión que ha de ser mantenida viva y en la que hemos de ahondar más y más, para que llegue a la plenitud de vida con él en el reino de la luz infinita.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a nuestra vida

María madruga: “Va de madrugada al sepulcro cuando todavía estaba oscuro” (20,1). Esta acción es signo evidente de que su corazón latía fuertemente por Jesús. El amor no espera. La hora de la mañana y los nuevos acontecimientos tienen correspondencia: de madrugada muchos detalles anuncian un gran y radical cambio; la noche se aleja, el horizonte se aclara y bajo la luz, todas las cosas van dando poco a poco su forma. Así sucederá con la fe en el Resucitado: habrá signos que anuncian algo grande, pero sólo en el encuentro personal y comunitario con Él todo será claro, el nuevo sol se habrá levantado e irradiará la gloria de su vida inmortal.

El anuncio de la resurrección se dirige a todos los hombres, ¡El Señor vive! Las palabras de Magdalena son una invitación, casi una provocación; hacen resurgir en el corazón de todos, la pregunta fundamental de la vida: ¿quién es Jesús para ti? Ésta se quedaría para siempre como una herida dolorosamente abierta, si no indicara al mismo tiempo el camino para encontrar su respuesta.

- **No hemos de buscar entre los muertos al Autor de la vida. No encontraremos a Jesús en las páginas de los libros de historia o en las palabras de quienes lo describen como uno de tantos maestros de la humanidad. ¿Quién es Él para mí? ¿Qué significa en mi vida y en la de los que amo que haya vencido la muerte? ¿Cómo vivo el Misterio de la Redención?**

El inaprensible, el totalmente Otro, se dejó encontrar en su Iglesia, enviándola a llevar la Buena Noticia de su resurrección hasta los confines de la tierra. Él mismo, libre ya de las cadenas de la muerte, vive y quiere que todos vivan gracias a su sacrificio redentor.

- **Pongámonos en camino; es nuestro momento, es el amanecer, es el alba de nuestra Pascua; no nos tardemos, no sigamos encadenados a los prejuicios y a los temores, sino venzamos las tinieblas, la duda, con la esperanza de saber que Cristo Jesús ha resucitado.**

Todos podemos encontrarlo vivo. El modo y el lugar serán diferentes para cada uno; pero ésta es la hora de la redención; no dudemos. ¡Cristo Jesús quiere estar con nosotros! Viene a nuestro encuentro. Es el peregrino, el hortelano. ¿Lo reconocemos? ¿Queremos estar con Él?

María confiesa a Jesús como “su Señor”: “Se lo han llevado del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto” (20,2b). A pesar de no haberlo descubierto vivo, para ella Jesús es el “Señor” (Kýrios), el Dios de la gloria y por lo tanto, inmortal (lo seguirá diciendo en los versículos 13.10). Está animada por una fe realmente viva y personifica así a todos los discípulos de Cristo, que reconocen en el Crucificado, al Hijo de Dios.

María Magdalena es un ejemplo para motivar en las diversas circunstancias y expresiones de la existencia, en los momentos de dificultad y en las tragedias de la vida que Dios está por encima de todo. Para la fe, esta mujer demuestra que el amor es más fuerte que la muerte”.

Si el Dios-Hombre no hubiera resucitado, entonces todo el mundo se habría vuelto completamente absurdo y Pilato hubiera tenido razón cuando preguntó con desdén: «¿Qué es la verdad?». Si el Dios-Hombre no hubiera resucitado, todas las cosas más preciosas se habrían vuelto indefectiblemente cenizas, la belleza se habría marchitado de manera irrevocable.

- **¿Somos capaces de decir con nuestra vida: « Cristo ha resucitado»? Seremos testigos de su resurrección cuando nos entreguemos a aquellos que tenemos cerca, llenando de razones su existencia.**

Si el Dios-Hombre no hubiera resucitado, el puente entre la tierra y el cielo se habría hundido para siempre y nosotros habríamos perdido la una y el otro, porque no habríamos conocido el cielo, ni habríamos podido defendernos de la aniquilación de la tierra; pero ha resucitado Aquél ante el que somos eternamente culpables, y Pilato y Caifás, se han visto cubiertos de infamia.

- **Resucitados con Cristo mediante el Bautismo, debemos seguirlo fielmente con una vida distinta, caminando hacia la Pascua eterna, sostenidos por la certeza de que las dificultades, las luchas, las pruebas y los sufrimientos de nuestra existencia, incluida la muerte, ya no podrán separarnos de Él ni de su amor.**

La resurrección ha creado un puente entre el mundo y la vida eterna, por el que todo hombre y toda mujer pueden pasar, para llegar a la verdadera meta de su peregrinación terrena. “Ha resucitado Jesús, nuestra esperanza no es fallida”. Este Misterio lo vivimos sobre todo en la celebración eucarística. La Iglesia, y cada uno de sus miembros, experimentan su presencia viva y se benefician de toda la riqueza de su amor.

- **En el sacramento de la Eucaristía, Cristo está presente resucitado y, lleno de misericordia, nos purifica de toda culpa; nos alimenta espiritualmente y nos infunde vigor para afrontar las duras pruebas de la existencia y para luchar contra el mal de este mundo. Él es el apoyo seguro de nuestra peregrinación hacia la morada eterna del cielo. (Benedicto XVI, 13 de abril de 2009). ¿Lo pensamos? ¿Participamos en la celebración eucarística con conciencia? ¿Hacemos nuestra su muerte y su resurrección?**

III. Oramos nuestra vida desde este texto:



Padre Dios,
gracias porque tu Hijo, Cristo Jesús ha resucitado.
Concédenos crecer en fe para que creamos en su triunfo
haciendo de nuestra vida un Aleluya que alegre el mundo, nuestro mundo.

Él, la Vida que no muere, nos ha redimido y nos ha vuelto a abrir a la esperanza.
Que su resurrección impulse nuestra existencia
y abramos un surco en nuestro corazón a su Palabra,
para que la fuerza de vida que ella contiene
sea savia que corra por todas las dimensiones de nuestra existencia
y se transforme en frutos de vida nueva.

Que seamos verdaderos discípulos misioneros,
con María, su Madre y nuestra Madre.
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Así sea!